

NIEVES BLANCO Y LOS SIETE MAGNÍFICOS

Manuel Cubero Urbano

**Esta obra ganó el Primer Concurso ebook Creápolis Editorial.
©Manuel Cubero Urbano.**

De lo que aconteció a una joven en sus primeros escarceos universitarios

Nieves Blanco era una de las chicas más inteligentes del colegio. Nieves Blanco era, eso sí, una chica despistada como ella sola.

-Cosas de niños inteligentes -se consolaba su padre.

-Esta niña está más loca que un chivo en un garaje –interpretaba, más acertadamente, algún compañero.

-Esta niña nos da la sorpresa cuando menos lo pensemos y, con sus despistes, se pierde un día y no le vuelvo a ver el pelo –soñaba su madre adoptiva.

Conste, amigo lector, que he dicho ´madre adoptiva`; porque decir ´madrstra`, por muy bien que suene en el cuento de Blancanieves, hoy está mal visto y resulta tan inapropiado que sólo se puede pronunciar tal palabrota por aquellos que usan un lenguaje políticamente incorrecto, como se dice ahora de quienes llama al pan, pan y al vino, vino.

Pero como uno pasa por ser un desatinado usuario del lenguaje en esto de la “res pública”, siguiendo la tradición narrativa, voy a llamar ´madrstra` a doña Gertrudis, casada en segundas nupcias con don Gumersindo Blanco, padre legítimo y biológico de la protagonista de nuestro relato de hoy.

Dicho esto, retomamos la narración desde el principio. Nieves Blanco, les decía, era la joven más inteligente de su instituto, lo que, unido a su extraordinaria belleza y a sus diecisiete años, hacía de ella la golosina más apetecida por los jóvenes del pueblo, amén de la más envidiada por parte de la gente de su mismo sexo, incluida su propia madrstra.

Que, bien mirado, la madrstra de Nieves apenas era diez años mayor que ella. Y a no ser por los recursos económicos, nada despreciables, de don Gumersindo Blanco, a buenas horas iba ella a unirse en sagrado matrimonio con un señor que podía ser su padre.

Cuando doña Gertrudis tomaba una foto de su hijastra y la comparaba con su propia imagen, reflejada en el espejo, la envidia se apoderaba de ella hasta el punto de que más de un espejo pagó los platos rotos de su envidia cochina. Como si el pobre tuviese culpa de reflejar la cruda realidad que se presentaba ante él. Y conste que la madrastra, aunque madurita, era guapa para dar y repartir, sólo que cualquier comparación con Nieves era odiosa en extremo.

Decidida a poner fin a aquella situación, la madrastra decidió enviarla a estudiar a un colegio de monjas. “Con dos sermones bien planteados, la pazguata ésta va de cabeza a un convento de clausura. ¿Cómo no me enteré a tiempo de que el vejestorio de Gumersindo tenía una hija?”, se repetía una y otra vez.

Y Nieves fue a parar, a comienzos del curso siguiente, a un colegio mayor regentado por monjas. Los primeros días de facultad fueron de adaptación. Luego resultó que la pazguata, inteligente y despistada muchacha, en cuanto vio de qué iba el ambiente universitario, y gracias a su inteligencia superior, decidió que no habría minuto libre que no aprovecharse para tomarse un par de cubatas en la cafetería “Pluma y tintero”, que estaba justo en la esquina de la facultad.

Fue allí donde entabló amistad con siete amigos, estudiantes de distintas facultades, quienes, al ver a aquella chiquilla tan linda, sola e inexperta, perdida en los ambientes estudiantiles, se plantearon muy seriamente hacer de ella una joven de provecho a pesar de las dificultades que ofrecía el hecho de su inocencia unido, claro está, a la autoridad de la Madre Directora.

-Aquí, los Siete Magníficos –se presentaron los siete integrantes más veteranos y curtidos de la “Tuna del Treinta de Febrero”.

Entre que Nieves estaba sola y triste como el Colegio Fonseca, y que aquellos siete tunos unían a su simpatía y buena voz, una visión nada despreciable del canon de belleza masculino, el caso es que la muchacha pasó a convertirse en madrina principal de la citada Agrupación Musical “La Tuna del Treinta de Febrero”.

-Esa es la fecha en que pensamos concluir nuestros estudios – explicaban ante las dudas que planteaba el nombre de la Tuna.

A partir de ahí, las misivas a papá Gumersindo y a la madrastra rebosaban alegría y felicidad, lo que, lógicamente hacía felices a ambos:

-Si ella es feliz, quiere decir que le va bien –comentaba papá.

-Y yo me alegro inmensamente –contestaba la madrastra.

“Cuanto más feliz sea, menos aparecerá por casa, y con un poco de suerte y una beca Erasmus, si no se mete a moja, se larga a Europa y no le vemos el pelo en una buena temporada”, completaba la respuesta en su fuero interno la malvada madrastra.

Sólo se enturbiaban los felices encuentros familiares cuando don Gumersindo sacaba a colación las sordas protestas de la Madre Directora del Colegio Mayor que, puntualmente, llegaban por escrito aludiendo a la costumbre de estudiar fuera del colegio hasta altas horas de la noche...

“No creo que las dos de la mañana sean horas adecuadas para andar por las calles de la ciudad”, sentenciaba la Madre Directora dos líneas antes describir el antro llamado “Pluma y tintero” mientras amenazaba con la posibilidad de que Nieves quedase excluida del Colegio Mayor el siguiente trimestre.

Si bien Nieves sonreía beatíficamente ante tales amenazas recordando el sabroso cheque bancario que cada primero de mes entregaba en la Secretaría, don Gumersindo se mesaba dramáticamente las tres canas que poblaban su cuero cabelludo creyendo, en su inocencia, que la Madre Directora estaría dispuesta a renunciar al sobrecito mensual en aras de mantener la rígida disciplina que, sobre el papel, reinaba en el Colegio Mayor “Beata Segismunda de Claramount”.

-¡Estudiando la niña! Si serás tú inocente –abonaba la madrastra de Nieves la desazón de su marido-. Esa niña se está convirtiendo en una bala perdida: a un colegio mucho más severo es donde tienes que llevarla. Con lo hermoso que sería tener una monjita de clausura en la familia si volviese al buen redil...

La madrastra de Nieves, convencida de que había que coger el rábano por las hojas lo antes posible, propuso a su marido visitar a la

niña y, a la vista del campo de batalla, decidir lo mejor para la muchacha que, lógicamente, sería también lo mejor para ella. “A esta niñata me la quito de en medio como sea”, se dijo entre dientes y con una sonrisa lobuna que hubiese infundido espanto al mismísimo lobo feroz. Así que, sin encomendarse a nada, padre y madrastra se presentaron en la capital.

Lo primero que hicieron fue visitar el Colegio Mayor. Allí, la Madre Directora los atendió solícitamente e incluso llegó a invitarlos a un vaso de mosto, sin alcohol, con gaseosa. Después de los saludos e introducciones varias, previos a la entrada a saco en el meollo del problema que les había traído a la capital, la tierna monjita, sin poder ocultar un cierto soniquete de envidia cochina, les indicó la cafetería en la que solía reunirse Nieves con sus tunantes amigos.

-Después de clase suelen entrar a tomarse unas cervezas todos los días en ese antro de perdición -acusó.

Siguiendo la opinión de la madrastra, el matrimonio se dirigió inmediatamente al lugar indicado y se sentaron en el lugar más discreto del local.

-Desde aquí, la veremos entrar y, ocultos tras estos barriles, sabremos de qué pie cojea esta niña –dijo doña Gertrudis.

Minutos después, siete jóvenes, entre risas y bromas, tomaban posesión de una mesa próxima a la ocupada por los nuevos clientes. Doña Gertrudis no pudo reprimir una mirada de admiración hacia aquel grupo de estudiantes. “Pues sí que son guapetones los chavales. Y no les llevo más de cuatro o cinco años...” pensó mientras se humedecía los labios en un movimiento involuntario de su lengua.

-Gamberros, eso es lo que son estos niños –respondió, rebosando envidia, a una pregunta de su marido.

No pudieron los padres de la muchacha detenerse más en la observación crítica de los jóvenes. Apenas habían salido tres frases hipócritamente despectivas de doña Gertrudis hacia ellos cuando entró Nieves en la cafetería, soltó los libros de un golpe sobre la mesa ocupada por los chavales y zampó un par de besos al más guapetón. Como si aquel beso hubiese sido un detonante conectado al hígado de

la madrastra de Nieves Blanco, la señora comenzó a sentir una cierta sensación de colérico y envidioso ahogo que desembocó en...

...

Después del ataque de “delirium tremens” que afectó a doña Gertrudis aquella misma tarde, nadie ha conseguido que salga una sola palabra de su boca.

II

Félix, la huida hacia delante de doña Gertrudis

Desde entonces, nunca más se supo de los padres de Nieves por los alrededores de la facultad. Sólo Blas, en su condición de “Bufón” oficial del grupo, se encargaba de recordar, de vez en cuando, la exhibición bebestril de la señora madrastra de Nieves:

-Muchacha, tú serás abstemia, o casi, pero tu mamaíta, bebe por una compañía de la legión.

-Sólo le faltó zamparse el agua del florero que había en el mostrador –respondió Domingo, “Doc” para sus amigos.

-Eso es lo que tú hubieras querido –dijo, entre bostezos, Diego-. Y que le hubiese dado un soponcio. Porque no me digas que la señora mamaíta adoptiva de Nieves no está para prestarle los primeros auxilios...

-¿Qué culpa tengo y de ser un experto en la materia? –y dirigiéndose al resto del grupo, continuó- Habréis comprobado, señores doctores, que don Diego “Dormilón”, se despabila en cuanto el fuego del amor enciende sus neuronas.

-No, si aquí el rabo de un cazo lleno de agua hirviendo está helado

en comparación con más de uno –cortó Nieves.

Y es que, aquella tarde, después del beso de Nieves a Félix, guaperas oficial de la tuna, doña Gertrudis sufrió un ataque de celos digno del drama más dramático de la literatura romántica.

Félix tendría un par de años menos que la señora madrastra de Nieves, medía uno con noventa y, según la opinión generalizada de la parte femenina de la universidad, el día que Félix concluyese sus estudios, la Universidad perdería una de sus joyas más valiosas.

Estudiante de Educación Física y campeón de cien metros lisos en los últimos Juegos Universitarios, tenía muy claro que si quería mantener su “mens sana in corpore sano”, debería defender, hasta la última gota de sangre, la integridad de su cerebro, evitando, por todos los medios posibles, cualquier tipo de contaminación intelectual.

-Ya caerá una empollona dispuesta a mantener a este cuerpo saleroso que, entre la naturaleza y yo, hemos construido –era su respuesta cuando le preguntaban por su bibliofobia.

Félix, según las malas lenguas, fue un alumno tan destacado en los estudios de bachillerato que figura en los anales de la historia de su Instituto. De acuerdo con el testimonio de los distintos Jefes de Estudios por los que pasó su expediente, nuestro atlético amigo consiguió llegar hasta el borde mismo del agotamiento del tiempo de escolarización sin llegar a caer en el abismo de la suspensión del expediente. Dicho en plata: tardó en concluir sus estudios de bachillerato el tiempo máximo legalmente permitido, ni un segundo menos.

Dispuesto a batir su propio record, Félix se propuso dar rienda suelta a su experiencia acumulada durante nueve años de enseñanza media perfectamente aprovechados: todas las asignaturas repetidas, todos los cursos repetidos... y los viajes de fin de bachillerato, también repetidos, que alguna ventaja había que sacar.

Eso sí, además del ejercicio físico, ejercicio que sólo justificaba en tanto en cuanto era el camino abierto hacia la conquista del género contrario, Félix había desarrollado una habilidad especial: la técnica del copieteo, gracias a la cual, consiguió aprobar cuatro asignaturas en

los dos últimos cursos.

Entre su documentación sobre los principios básicos que rigen la copia perfecta, la imaginación de “Bufón” para desarrollar los aspectos esenciales que debería reunir el diseño del aparato, y la técnica de Guillermo, más conocido por “Gruñón”, consiguieron desarrollar el “calla-copia”, un artilugio único cuyo precio de alquiler en el mercado negro universitario había situado a la banda en niveles de autosuficiencia económica casi absoluta.

-Una cosa es el compañerismo y otra el negocio –justificaba “Doc” que, gracias al arrendamiento de los “calla-copia”, había conseguido hacerse de una guitarra de “lujo”, según su propia definición.

-Grandes hombres estos que inventaron la chips y los transistores –añadió “Gruñón”, mientras adaptaba el último aparato a las necesidades de un arrendatario que se jugaba el ser o no ser en la convocatoria de gracia de la última asignatura.

Tras este inciso en el que ustedes ha tenido la ocasión de saber las causas del irresistible progreso del expediente académico de nuestro amigo Félix, progreso que había despertado en su madre la ilusión de que, en un plazo razonable de quinquenios, acabaría por lograr un título, no es malo recordar las sabias palabras de su abuelo materno:

-Más flojo que la chaqueta de un guarda –así lo definió el mismísimo día de su nacimiento-: tarda un poco más en nacer y sale con la mili hecha...

Y como más sabe el diablo por viejo que por diablo, mucho me temo que las ilusiones de su madre se quedarían en agua de borrajas.

El caso es que la tuna se convirtió en el principal y único motivo de su vida universitaria. Por otro lado, si a esto le sumamos la edad y la forma en que se conservaba, fácil es comprender que a doña Gertrudis, madrastra de Nieves, se le subiera la sangre a la cabeza al sentir tan próxima a su anatomía aquella auténtica antítesis de su provento maridito del alma y de la cartera.

La sangre, y algo más. Pues no bien Félix hubo recibido el beso de Nieves cuando, la tarde de marras, ésta llegó a “Pluma y tintero”, la señora madrastra se levantó de su asiento, se dirigió hacia el grupo

formado por Nieves Blanco y los “Siete Magníficos”, y saludó afectuosamente a la hija de su alma.

-Hijita linda. Qué alegría verte. Tu padre y yo hemos venido a la capital y, mira qué casualidad, nos encontramos aquí... ¿Nos presentas a estos señores? Son profesores de la Universidad, ¿verdad? –lo de profesores, seguido de una descarada mirada a las canas que lucía Tomás, “Tímido” para los amigos, sentó a los miembros de la tuna como una coz en las mismísimas posaderas.

-Pues la verdad, señora –respondió Félix con una sonrisa espléndida que a punto estuvo de convertir a doña Gertrudis en una manchita de aceite-, sí que tenemos años de experiencia en los estudios universitarios.

Ah, que conste que al oír estas palabras, acompañadas de la sonrisa indicada, la madrastra de Nieves sólo tuvo ojos para aquella especie de Apolo andante que era Félix.

Acto seguido, Manuel, conocido por “Mudo”, y maestro en el arte de la cabriola tuneril propia del “pandereta”, se permitió la libertad de escanciar del tonel más próximo una copa de un vino añejo más subido de grados que de que color, que ya es decir. Luego, ceremonioso y servicial, la ofreció a doña Gertrudis. Ésta, sin dejar de observar la gentil y atractiva figura de Félix, se la zampó de un trago.

-Gracias, caballero –correspondió la madrastra de Nieves a la atención de “Mudo”.

Y, se perdió en las profundidades de los ojos de Félix además de en las de...

...

Después del ataque de “delirium tremens” que afectó a doña Gertrudis aquella misma tarde, nadie ha conseguido que salga una sola palabra de su boca.

III

Dormilón, la señora cautivada.

Incluso Diego, que se encontraba en el permanente duermevela

propio de su esencia psicosomática, abandonó la actitud pasiva que, sempiternamente, adornaba su rostro. Sus ojos se entreabrieron sorprendidos por lo que estaba viendo.

-¿Estás enfermo? –preguntó Blas.

-¡Vete a la...!

Por si no lo sabéis, amigos, para que Diego se dignase prestar atención algo que no fuese un buen plato de cocido, ese algo debía de ser altamente novedoso. Diezmesino, y vago de nacimiento salvo que su madre equivocase las cuentas, “Dormilón” se declaraba adorador del catre:

-Amarás al catre sobre todas las cosas y al puchero como a ti mismo: estos son los dos mandamientos de la “Ley de Yo” –declaraba para definir su herética religión.

Y a fe que se afanaba en cumplir a rajatabla los dos mandamientos. Dicen que hubo días en que era tal el afán que ponía en cumplir con sus particulares preceptos religiosos que cuando llegaban las siete de la mañana era incapaz de seguir acostado:

-Doce horas seguidas es demasiado para el cuerpo, y no es cuestión de convertirse en un integrista religioso –confesaba.

Así que, acompañado de un grupo de conmlitones, hacía su entrada triunfal en la Ciudad Universitaria entre palmas y pitos, ya que no entre palmas y olivos. Y no era para menos, pues, en los dos últimos cursos, no llegarían a treinta los días que había asistido a clase a primera hora. Sin embargo, este último año, alcanzó tal grado de responsabilidad que había semanas en que el jueves se encontraba tan absolutamente cansado de descansar que asistía a clase desde primera hora y, lo que aún era más sorprendente, incluso el viernes solía asistir a todas las clases.

“Dormilón”, caprichos de las musas, tenía otra afición: la creación literaria. Un filósofo dijo alguna vez que “de poeta y loco, todos tenemos un poco”, y como los dormilones, igual que los locos, tienen la fea costumbre de dejar vagar la mente libre de interferencias turbadoras, alguna musa despistada que andaba por los espacios universitarios, la debió encontrar tan vacía y limpia de polvo y paja,

que decidió ocuparla sin consulta previa ni contrato legal de tipo alguno.

Émulo de aquel poeta salmantino-ursaeonés que consiguió la proeza de escribir un par de libros sin pasar de Primero de Derecho en varios cursos, “Dormilón” se convirtió en el centro poético de varios colegios mayores. Animador de tertulias, festejos y demás juergas ético-literarias, era el perfecto complemento de Félix. Si el guaperas subyugaba por su físico, “Dormilón”, feo donde los haya, tenía una labia tan especial que, a pesar de su amistad, había sostenido duelos “ligatorios” con Félix de tanta envergadura que si no llegaron a desembocar en tragedia fue gracias a la mediación de Nieves.

-Muchachos, delitemos vuestros campos de actuación –intervino Nieves una tarde en que las miradas de ambos confluyeron sobre una misma musa: ella misma.

-¿Y por qué no dilucidamos la cuestión por medio de un duelo? –respondió Félix confiado en su fuerza física.

-Dado que somos universitarios, supongo que te refieres a un duelo oratorio –arrió Diego el ascua a su sardina.

-Veamos. En primer lugar, yo en mi condición de ave en edad de desarrollo, no sólo me declaro en época de veda, exenta de cualquier intento de caza sino que, además, no pienso, ni por asomo, atarme a ningún individuo hasta que el espíritu maternal llame a mi puerta.

Y luego de amplio debate sobre la cuestión, Nieves, estudiante de psicología e incipiente conocedora de ambos cazadores, dividió la especie cinegética femenina en dos grupos claramente diferenciados según las específicas capacidades de cada uno de los dos cazadores.

Firmado el armisticio, las jornadas de ojeo en “Pluma y tintero” transcurrían sin incidentes dignos de destacar. “Dormilón” había extendido su campo de caza a los ambientes intelectuales de varios colegios mayores, incluido el “Virgen del Desconsuelo”, hábitat de Nieves Blanco. En ellos solía desarrollar, con resultados satisfactorios, sus técnicas de caza mayor a base de delicadas palabras e inigualables metáforas erótico-festivas mientras que Félix mantenía su coto de caza por “Pluma y tintero” y lugares afines.

No obstante, ambos cazadores solían compartir mesa, mantel y tintorro, como buenos amigos que eran, sin que eso interfiriese en sus actividades preferidas hasta aquélla tarde en que, después del beso de Nieves a Félix, doña Gertrudis se acercó a la mesa donde se encontraban los “Siete Magníficos”.

A “Dormilón” no le afectó en absoluto la actitud decidida con que se aproximó a los tertulianos la madrastra de Nieves. Más aún, incluso le pareció simpática la forma de invitarla que tuvo “Mudo”: sin pronunciar una sola palabra, había conseguido despertar en doña Gertrudis sus más escondidos deseos libatorios.

Ahora bien, la mirada de miel y seda que se posó sobre la figura de Félix despertó sus instintos cazadores: aquella forma de mirar pertenecía al tipo de piezas cinegéticas que Nieves había clasificado como propias de sus artes venatorias. Por otro lado, estaba claro que un atleta como Félix no podía ni debía caer en el abuso de los líquidos etílicos sin poner en peligro sus propias esencias, así que, sin dudarlo un momento, “Dormilón” se adelantó hacia la dama y, escanciando en su copa una segunda dosis de aquel vino que “Mudo” le había ofrecido momentos antes, habló:

-Mojad, señora, vuestros labios de este elixir, y dadme a besar la copa –dijo mientras ofrecía a doña Gertrudis su propia copa-. Pues debéis saber que si muero sin haber besado lugar que hollaron vuestros labios, diré que nunca logré vivir...

La madrastra de Nieves volvió sus ojos, vidriados por la emoción, hacia aquel trozo de carne humana con el que compartía cuenta corriente y poco más. Luego, miró el fondo de la copa que le ofrecía “Dormilón” y, decidida a alcanzar aquella sima que se le ofrecía, hundió en ella su...

...

Después del ataque de “delirium tremens” que afectó a doña Gertrudis aquella misma tarde, nadie ha conseguido que salga una sola palabra de su boca.

IV

“Tímido”, la sorpresa.

Tomás, tímido como él sólo, no acababa de comprender lo que sucedía a su alrededor: aquello se estaba desmadrando y nadie controlaba la situación. No es que hubiesen bebido mucho. En realidad, antes de que “Mudo”, en funciones de sacerdote báquico, ofreciese a doña Gertrudis la copa del elixir que almacenaba en sus entrañas el añoso barril, aquello parecía una reunión de pacatos escolares de colegio de pago. Apenas si habían trasegado la mitad que otras tardes de tertulia. Lo realmente sorprendente, para Tomás, era que “Dormilón” estuviese embobado como un novato contemplando la escena.

Un golpe en el hombro lo hizo despertar de su letargo.

-“Tímido”, leñe. Despabila.

Y es que Tomás, educado en colegio de curas, responsable y estudioso como pocos desde su más tierna infancia, no acababa de salir de su asombro. Tomás, o “Tímido”, si queréis llamarlo como sus amigos, era de los que nunca han roto un plato, cosa que tú, amigo lector, puedes jurar y perjurar sin temor a caer en el más venial de los pecados.

-Si, además de la Virgen María, ha habido otra persona concebida

sin pecado original en la historia de la humanidad, esa persona es Tomás –dijo el párroco a sus padres el día que el muchacho hizo la primera Comunión.

Y era cierto. “Un pan bendito”, decía el maestro cuando su madre se acercaba al colegio a interesarse por la evolución del niño. Y “Tímido” siguió siendo un pan bendito hasta aquel preciso instante, como mínimo. Inteligente, trabajador, educado, y hasta guapito, “Tímido” pasó como un ciclón por la escuela y por el instituto; no por los destrozos, sino por la celeridad: a curso por año y a sobresaliente por asignatura.

-Hasta en Recreo, saca sobresaliente –llegó a comentar algún envidiosillo.

Cuando apareció por la universidad, Félix y sus colegas vieron en él a un adolescente tan desamparado e ingenuo que, inmediatamente, lo acogieron en su seno como si de una tierna mascota se tratase. Primero lo admitieron en la tuna como meritorio:

-Tú llevarás la bolsa y te encargarás de la venta de cintas –le adjudicaron el puesto automáticamente y fiados en su evidentísima honestidad.

Y así continuó hasta que un día, necesitando una voz de relleno, el empollón de “Tímido” sacó a relucir una cualidad más, desconocida incluso por él mismo:

-¡Mira éste! ¡El tío canta como los ángeles!

Porque Tomás, cosa que ni él sabía, tenía una voz de tenor realmente limpia.

-Claro, si “Tímido” no ha levantado la voz en su vida ni para cantar –se justificó un paisano suyo-. ¿Cómo íbamos a saber que teníamos entre nosotros a un Caruso?

-Sólo tenemos un problema con “Tímido”. Este tipo, es capaz de sobrevivir incorrupto, como el brazo de santa Teresa, a todas nuestras correrías –profetizó “Bufón”.

-¿Quieres insinuar que esta joya nos va a durar cinco añitos escasos? –inquirió “Gruñón” sin poder reprimir un cierto dejillo de desengaño.

-Y, además, puro y casto, hijo. Aunque, al menos, nos quedará el consuelo de saber que alguno de nosotros quizá acabe siendo alumno suyo –estas palabras de consuelo vinieron de “Mudo” quien, en un esfuerzo sobrehumano, y señalando las incipientes canas de “Tímido”, continuó su profecía-. Mirad que el pelo ya comienza a mostrar las huellas del desgaste cerebral que acarrea un uso excesivo. A este paso, no me extraña que en unos años acabe por convertirse en un vulgar catedrático de luenga y alba cabellera que, salvo para vengarse de nosotros y aprobarnos si es que caemos bajo sus garras, de nada nos servirá.

Y dando por hecho que “Tímido” no les duraría más de cinco años, lo admitieron en la Agrupación Musical a sabiendas de que, siendo un caso perdido, al menos sería útil durante tan corto período de tiempo.

-Para colmo, es capaz de trasegar un litro de cerveza sin perder la compostura –si ya adiviné yo que el muchacho este era una joya –dijo de él Nieves al poco tiempo de conocerlo.

La tarde de marras, Tomás se encontraba al borde de la felicidad gracias a que aquella mañana se había estrenado como usuario donante del “calla-copia”. Tuvo que utilizar el artilugio para suministrar “material científico” a “Gruñón” en el examen final de una convocatoria de gracia: había sido su estreno como “homo traviesus”; su pecado original, según palabras de “Bufón”.

-Y eso que es filósofo –comentó admirado el beneficiario de la acción-. El tío, con leer los apuntes que le di anoche, no tenía necesidad de buscar las respuestas.

-Y luego, cuando yo digo que en la tuna tenemos un empollón asqueroso y, encima, buena persona, dicen que estoy viendo fantasmas. Si es que en este mundo no hay justicia –protestó “Doc”-. Os prometo que mi doctorado en neurocirugía versará sobre el cerebro de “Tímido”.

Estaban los señores miembros de la Agrupación Musical “La Tuna del Treinta de Febrero” reunidos en “Pluma y tintero” esperando a Nieves cuando “Mudo”, cuyo lema vital era “mira y calla”, clavó su mirada en una señora de muy buen ver que, acompañada por un

caballero bastante mayor, no perdía detalle de cuanto acaecía en el grupo.

-Esos dos no pierden comba de lo que hacemos. O son de la pasma o la tipa se ha prendado de alguno de nosotros –dijo mientras, disimuladamente, señalaba a la pareja.

Los Siete Magníficos guardaron silencio unos segundos mientras, subrepticamente, repasaban de arriba abajo a la pareja.

-Más bien parece gente de pueblo –respondió Félix-. Aunque... sí que se fijan mucho en nosotros.

-Sobre todo en ti –le aclaró “Doc”.

En ese momento hizo su aparición la musa del grupo: Nieves Blanco, en carne mortal y más guapa que nunca, entró en “Pluma y tintero”. Sin prestar atención a nada ni a nadie más que a los Siete Magníficos, se dirigió a su mesa, estampó un beso en la cara a Félix y se sentó de espaldas a los barriles iniciando una conversación que se vio cortada inmediatamente. Nieves enmudeció al oír la voz de su madrastra que, con un hipócrita “hijita linda”, se dirigía a la chica mientras su mirada se perdía en las profundidades de los ojos de Félix.

Las dos copas de vino añejo -ya conocidas por ti, amable lector-, rompieron el hielo y los esquemas de más de cuatro de los allí presentes: siete, para ser exactos, que Nieves, como ya sabía de qué iba la cuestión, ni se inmutó. Y si es don Gumersindo Blanco, la muda de su color no fue sino una exteriorización de los miedos que, de vez en cuando, afloraban a su corazón cuando su señora entraba en contacto con determinados elementos.

Así que, salvo para Nieves y su santo padre –en minúsculas, que conste-, doña Gertrudis se convirtió en la sorpresa del día cuando, después de apurar el vino de la segunda copa, ofreció ésta, ya vacía, para que Tomás se la volviese a llenar. Luego volcó su mirada de nuevo sobre el empollón y, posando su mano acariciadora sobre la blanca cabellera del interfecto, habló con voz aterciopelada y algo deslizante...

...

Después del ataque de “delirium tremens” que afectó a doña

Gertrudis aquella misma tarde, nadie ha conseguido que salga una sola palabra de su boca.

v

Manuel se quedó mudo.

A estas alturas de la historia, parece difícil que alguien se quede de piedra y, sin embargo, sí que sucedió tal cosa. Manuel -“Mudo” para los amigos- se quedó, hablando mal y pronto, como el que se tragó el cazo. Y eso que fue él, con sus cabriolas, uno de los causantes iniciales de aquel desaguisado.

Poco dado a la palabra y bastante serio, al menos en apariencia, algunos amigos todavía se preguntan cómo es posible que Manuel diera con sus huesos en la tuna.

-Si hubiese sido en el grupo de teatro de la Universidad, vale – concedían algunos-. Pero en la tuna...

Pues así son las cosas de la vida. Manuel tenía madera de payaso, eso no se lo podía negar ni su peor enemigo, si es que lo tenía. Incluso en las primeras semanas de estancia en la Universidad, lo invitaron, del “Carro de Tespis”, a formar parte del grupo teatral, y estuvo a punto de firmar por ellos. Su apariencia de tipo serio, formal y circunspecto, poco presto a darle a la sin hueso si no era absolutamente necesario,

junto a su dominio de la mímica, hicieron pensar a los señores teatreros que allí había madera de actor de carácter.

Y no estaban faltos de razón: Manuel había formado parte del grupo teatral de su instituto, ganó un concurso de mimo en el I Certamen Comarcal de Artes Escénicas de su pueblo y, lo que aún es más difícil, era capaz de soplar una fórmula matemática en un examen a base de gestos casi imperceptibles para el profesor de turno.

Pero, cosas del destino, el primer papel que le adjudicaron fue el de Clarín en “La vida es sueño”. Manuel, se encerró en su cuarto. Mil veces repitió sus primeros versos que dicen:

“Di dos y no me dejes
en la posada a mí cuando te quejes;
que si dos hemos sido
los que de nuestra patria hemos salido...”

Y mil veces se miró en un espejo pensando que allí, en lugar de su propia imagen, cientos de pares de ojos se carcajeaban de aquel cursilón venido del pueblo. Todo porque Blas -“Bufón” para los amigos- se lanzó sin paracaídas nada más comenzar a oír a su compañero de habitación en los primeros y privadísimos ensayos:

-Chaval, oírte hablar así y creerse uno que saliste del Siglo de Oro es todo uno. ¿Quién te enseñó a imitar a tipos tan modernos?

-¿No te verías mejor diciendo “de nuestra aldea hemos salido”? – Félix que, posiblemente, no había visitado más taquilla en su vida que la de un estadio de fútbol, completó con estas palabras el comentario crítico teatral.

Y no es que Manuel fuese un tipo vergonzoso. Desde pequeño era conocido en el pueblo por la Policía Municipal en pleno gracias a sus habilidades para reventar, a base de petardos, los rosarios de la aurora que tenían la osadía de pasar por su casa antes de la hora del colegio.

-Un ateo como tú, es lo menos que puede esperar de sus enseñanzas –espetaba mamá a su padre cada vez que el niño concentraba, con sus gracias, las iras de todo el beaterío local.

Pero puesto en la tesitura de convertirse en un actor dramático, con el consiguiente peligro de que tal carácter contagiase su vida

académica, Manuel, el “Mudo”, decidió que era demasiado aquello de vivir, seriamente, cinco dramáticos años desterrado en la capital para luego tener que reintegrarse de nuevo en la vida local de Villabermeja en su condición de ingeniero técnico agrícola.

-Jornalero refinado -según definió Guillermo, “Gruñón para los amigos.

Estaba Manuel una de aquellas primeras tardes de curso en “Pluma y tintero” cuando entró “Doc” y, apoyándose en uno de los barriles, dudó de la calidad del contenido que allí se conservaba. Manuel vio la oportunidad de demostrar sus incipientes conocimientos teóricos sobre enología, conocimientos que, por cierto, ratificaban el profundo dominio que, sobre tal materia, había adquirido en las tabernas del pueblo.

De esa manera, pensó, se ganaría la amistad y respeto del dueño de “Pluma y tintero”; cosa que a esas alturas del curso, y visto el esquelético aspecto de su cartera, era tan fundamental como la amistad de la patrona del comedor universitario.

El “Mudo”, que ya conocía de vista al intruso y sabía de su vocación médica, se aproximó ceremoniosamente al barril sobre el que se apoyaba “Doc”, lo destapó, se acercó el corcho a la nariz, y miró con aires de superioridad a Domingo.

-Espero que tus diagnósticos médicos sean más acertados, chaval. Esto es pura solera jerezana de categoría –afirmó categóricamente ante la mirada aprobatoria del dueño del bar.

Éste, ante la certeza de que se encontraba ante un experto en las artes etílicas, dio a probar a los siete magníficos el elixir de algunos de los barriles. Y en agradecimiento por las enseñanzas prácticas recibidas en el arte de catar y recatar los buenos caldos, “Doc” se consideró en la obligación moral de corresponder en la docencia de la vida a Manuel.

-Volver a la madre tierra sin haber probado las delicias de la contaminación y el vicio urbano no debe de ser bueno para tu salud mental –sentenció “Doc” con motivo de un debate sobre la conveniencia de ampliar estudios en las distintas tareas que rodeaban

el aulario de la Universidad.

-Considera que si no tienes elementos de comparación entre la sana y vivificante vida rural y el mundo contaminado y cruel de la ciudad, difícil tendrás lo de valorar las excelencias pueblerinas de tu pueblo – apoyó “Dormilón”, entre bostezos, haciendo un esfuerzo sobrehumano.

Y Manuel decidió aceptar los consejos de sus nuevos amigos aportando a las ansias étlicas de los Siete Magníficos sus conocimientos teóricos y prácticos sobre la materia. Consolidado en su cargo de guía bebestril de la tuna, y previa demostración de sus cualidades simiescas adquiridas gateando por mil chaparros y saltando por quinientas rocas, fue admitido en la tuna como “pandereta”.

Por otra parte, como quiera que, más por su condición de espectadora que por la de protagonista, Nieves Blanco estaba acostumbrada a adivinar los niveles étlicos de un individuo -en su caso de una individua-, por la sola valoración visual del interesado, Manuel y Nieves, acabaron por convertirse en consejeros dionisiacos de los Siete Magníficos. Éstos, guiados por la ciencia de uno y la experiencia visual de la otra, llegaron a dominar el arte de beber logrando el nivel máximo admitido por el organismo sin caer en el inconveniente que supone la pérdida de los materiales adquiridos de forma violenta e involuntaria con el consiguiente malestar de estómago y mal sabor de boca que queda después.

Por otro lado, el dueño de “Pluma y tintero” vio una mina en aquellos jóvenes que dedicaban tardes enteras, instrumentos musicales en ristre, a animar el cotarro. Así que, de vez en cuando, dejaba caer por su mesa una botellita de la materia prima necesaria en orden a animar sus joviales y báquicos espíritus.

Y fue una de aquellas tardes casi invernales cuando, mientras celebraban una docta reunión sobre la materia étlica, Blas -“Bufón” para los amigos- observó cómo caía sobre sus rostros la atenta mirada de doña Gertrudis quien, por otro lado, no dejaba de lanzar furtivos rayos visuales sobre aquellos barriles que prometían placeres únicos con sus olorosos efluvios.

Se disponía ya a probar la posibilidad de atender a aquella dispar

pareja en orden a los posibles beneficios económicos derivados, cuando hizo su aparición Nieves Blanco. Soltó ésta los libros de un golpe sobre la mesa ocupada por los chavales y zampó un par de besos a Félix. Como si aquel beso hubiese sido un detonante conectado al hígado de doña Gertrudis, la señora comenzó a sentir una cierta sensación de colérico y envidioso ahogo, se levantó de su asiento, se dirigió hacia el grupo formado por Nieves Blanco y los “Siete Magníficos”, y saludó afectuosamente a la hija de su alma:

-Hijita linda. Qué alegría verte...

Como Manuel viese que aquello tomaba derroteros peligrosos en vista de los rayos asesinos que, emanando de los ojos de don Gumersindo Blanco, se proyectaban sobre los miembros de la Agrupación Musical, y adivinando en la mirada de doña Gertrudis un no sé qué de respeto hacia los venerables toneles que les separaban, se lanzó sobre uno de ellos, tomó la venencia, la escanció en una copa y la ofreció a doña Gertrudis. Ésta, sin dejar de observar la gentil y atractiva figura de Félix, se la zampó de un trago. Y como si de un baile por sevillanas se tratase, pasó a la segunda, la tercera... Sus manos danzaron sobre la blanca cabellera de Tomás, y Manuel hubo de salir en ayuda de don Gumersindo que, al levantarse vino a tropezar con una silla mientras su cabeza saludaba sonoramente al barril más próximo.

...

Después del ataque de “delirium tremens” que afectó a doña Gertrudis aquella misma tarde, nadie ha conseguido que salga una sola palabra de su boca.

VI

“Doc”, doctor en prácticas

Según cuentan las chicas del “Club de Fans de La Tuna del 30 de Febrero”, Domingo -“Doc” para los amigos- había hecho cuestión de honor incorporarse a la profesión médica sólo cuando tuviese la absoluta seguridad de poder enfrentarse a un enfermo con la sangre fría suficiente como para no fracasar a causa de su impericia o de su inmadurez.

-Ni antes ni después –afirmó tajante ante las dudas de su madre cuando, al concluir primero de medicina, se presentó con cuatro cates.

-No por mucho madrugar amanece más temprano –lo defendió su abuelo viendo la que le venía encima-. El chico es joven, y tiempo tendrá de sentar cabeza.

-Claro papá, tú...

-Calla muchachita, calla –don Paco, médico desde que el tiempo es tiempo, cortó en seco las palabras de su hija-. No querrás que saquemos a relucir alguna cartita de un colegio de monjas que debe de andar por algún cajón...

Por ahí se escapó Domingo de que el problema pasara a mayores. Y conste que el muchacho no era un vago redomado. Bien mirado, su expediente de Bachillerato las prometía felices a pesar de que no era el clásico empollón indecente, pesado y repipi clásico.

Pero entre su sabia decisión, y que sentía verdadera devoción por los consejos de su abuelo, quien, a pesar de sus noventa y ocho años, se conservaba fresco como una rosa, Domingo no pecaba de

precipitación a la hora de concluir sus estudios de Medicina. Que bien decía don Paco: las prisas son malas consejeras y sólo traen infartos y malas digestiones.

-Entre Félix y “Tímido”, está la virtud –explicó a Nieves cuando éste se interesó por sus estudios-. Y como la medicina debe de tener su porción correspondiente de sabiduría popular, yo me aplico a lo que decía mi abuelo: “Después de la sopa, un buen trago, y riéte del médico y el boticario”.

A pesar de estas afirmaciones categóricamente expresadas con la seguridad de quien aún no conoce el mundo en toda su extensión, Domingo, todo hay que decirlo, tenía sus dudas sobre el asunto. Hasta que un día, al entrar en “Pluma y tintero”, se topó con Manuel, verdadero experto en las ciencias éticas. Después de la demostración que éste hizo sobre el particular, comprendió que los fallos habidos hasta aquel momento como consecuencia de la ingesta de vino eran consecuencia más de su inexperiencia que de su inocencia.

Entonces, y dado que se abrían nuevas perspectivas lúdico-festivas, Domingo se ratificó en la idea de alcanzar el título de licenciado en medicina con el reposo y la dedicación que merecía el asunto...

-Aunque sin olvidar que el ocio y la risa, en palabras de afamados psicólogos, son inherentes a la especie humana. Lo que, unido a que mi profesión es la de conocer y sanar al individuo, viene a significar que hay que tomarse los estudios con reposo y buen humor para evitar el abotargamiento y la confusión –explicó a Félix una tarde en “Pluma y tintero”.

Un sonoro aplauso corroboró la admiración y respeto que nuestro futuro galeno despertaba entre los componentes de la Agrupación Musical “La Tuna del Treinta de Febrero”.

- ¡Toma sabiduría con “Doc”! Dos empollones entre siete joyas de la cultura y el saber universitario, exactamente un 28,57 % del total de la Comisión Ejecutiva de la Agrupación –dijo Guillermo en una demostración de su dominio de la estadística.

-Hoy está el cotarro de un intelectual subido que da verdadero asquito –concluyó Blas en un intento de parar tanta erudición.

En ese momento, Manuel consideró llegado el momento de acabar con aquella parafernalia y, recordando su época de actor en el instituto, decidió cortar por lo sano:

-No olvidemos que, como decía Poncela, “la medicina es el arte de acompañar al sepulcro con palabras griegas”, así que menos ciencia. Y como dentro de cien años, todos calvos, a lo que no tiene remedio, cuartillo y medio.

-Mira qué gracioso nos salió el jornalero refinado. De trigo no entenderás mucho, pero lo que es darle a la sinhuero en plan Sancho Panza y hartarte de moyate con los segadores a la sombra de un chaparro, en eso eres un experto.

-Además –intervino Félix-. ¿Dónde encontramos un letrista como “Doc”? A ver... que levante la mano quien no se haya ligado a una niña cantándole al oído un arreglito del “doctor”.

Y era cierto, Domingo, estudiante de medicina, era una “rara avis” en su facultad: leía literatura, adaptaba las letras de la tuna al momento oportuno en orden a llevarse al huerto a una moza y, encima, se llevó los tres últimos juegos florales universitarios en duelo directo con lo más cursi y redicho de la Facultad de Filosofía y Letras.

De hecho, dicen las malas lenguas que si se le atragantó la asignatura que aprobó en convocatoria de gracia, y gracias a la colaboración del “calla-copia”, fue más por cabezonería antiliteraria del catedrático que por ignorancia de Domingo.

Minutos después de estas palabras de Félix, entró Nieves en la cafetería, soltó los libros de un golpe sobre la mesa ocupada por los chavales y le zampó un par de besos ante la mirada celosilla de Blas. Como si estos besos hubiesen sido un detonante conectado al hígado de la madrastra de Nieves Blanco, la señora comenzó a sentir una cierta sensación de colérico y envidioso ahogo que la llevó a precipitarse, atropellando cuanto encontró al paso, en dirección al grupo de jóvenes.

-Hijita, linda. Qué alegría verte. Tu padre y yo hemos venido a la capital y, mira qué casualidad, nos encontramos aquí...

Ante el cariz que aquello estaba tomando, Manuel se permitió la

libertad de escanciar del tonel más próximo una copa de un vino añejo más subido de grados que de que color, que ya es decir. Luego, ceremonioso y servicial, la ofreció a doña Gertrudis. Ésta, sin dejar de observar la gentil y atractiva figura de Félix, se la zampó de un trago.

Mientras todo esto sucedía, don Gumersindo se había acercado a su hija y la saludaba efusivamente. Conociendo a su esposa, nuestro hombre no la perdía de vista mientras hablaba con la muchacha.

Doña Gertrudis, por su parte, como si de bailar por sevillanas se tratase, después de la primera, pasó a la segunda, la tercera... Y así, continuó una alocada danza previa al abrazo que la unió a Félix y que estuvo a punto de dar en el suelo con ambos.

Manuel hubo de salir en auxilio de don Gumersindo quien, al levantarse para socorrer a su esposa, vino a tropezar con una silla: su cabeza saludó sonoramente al barril más próximo y quedó tumbado en el suelo cuan largo era.

La madrastra de Nieves volvió sus ojos, vidriados por la emoción y los vapores, hacia aquel trozo de carne humana con el que compartía cuenta corriente y poco más.

Domingo, entre la espada y la pared -entre el padre y la madrastra de Nieves, más exactamente-, reaccionó con la maestría de un veterano:

-Blas, una coca-cola para la señora y una bolsa de hielo para el caballero, ¡rápido!...

Y mientras Blas se retiraba en busca de lo solicitado por Domingo, la madrastra de Nieves se agarraba al cuello de Félix tratando de aproximarse a Guillermo -“Gruñón”, para los amigos- que se apoyaba en uno de los barriles...

...

Después del ataque de “delirium tremens” que afectó a doña Gertrudis aquella misma tarde, nadie ha conseguido que salga una sola palabra de su boca.

VII

“Gruñón”, la voz que clama en la taberna

Blas todavía se pregunta quien fue el gracioso que propuso admitir a Guillermo en la tuna. Y eso que había un par de argumentos irrefutables: además de tener un oído privilegiado para todo lo relacionado con el pentagrama, sus dedos eran pura magia cuando entraban en contacto con las cuerdas de una guitarra.

Aún así, nuestro protagonista tenía una tercera cualidad más incuestionable: quien lo bautizó como “Gruñón” tuvo un acierto incuestionable. Guillermo no es que fuese protestón, Guillermo era la protesta personificada. Ya desde primero de bachillerato, cuando salió elegido delegado de curso, el claustro de profesores en pleno comenzó a verle las orejas al lobo.

-Claro que si sus compañeros le hubiesen puesto el “Lince”, tampoco habrían ido descaminados –reconoció uno de sus profesores.

-Por si faltaba poco, este niño, en vez de nacer con labio leporino, nació con lengua viperina –concluyó el Director.

Y todos llevaban razón: Guillermo tenía la lengua tan aguzada como los sentidos. Su profesor de Matemáticas destacaba la penetración de su vista, capaz de leer el examen de un compañero a metro y medio de distancia con el consiguiente cabreo cuando, viendo dos exámenes absolutamente idénticos, se veía privado de cualquier tipo de pruebas en orden a la correspondiente calificación.

El de Historia, por su parte, destacaba su tacto para leer –y elaborar– una chuleta escrita con un simple punzón sobre un folio impolutamente blanco en apariencia.

Comprobada, pues, con harto dolor de corazón de sus profesores, la sutileza de sus sentidos, al equipo directivo del centro correspondía experimentar en su propia cabeza la cualidad de viperina aplicada a su

lengua.

Testigos presenciales afirman que en una ocasión, cuando era representante de alumnos en el Consejo Escolar del Centro, hubo múltiples protestas provocadas por la necesidad de realizar obras en el instituto; el Director, junto con el presidente de la asociación de padres y Guillermo -en representación de los alumnos-, tuvieron una reunión con las autoridades educativas. En vista de que el problema permanecía atascado a pesar del largo debate, Guillermo, ni corto ni perezoso, se dirigió al alto responsable político y, muy correctamente, concluyó su intervención después de elogiar el esfuerzo que aquel señor aseguraba haber realizado:

-Considerando su insuperable dedicación en orden a solucionar el problema con resultados absolutamente negativos... ¿No sería más barato para la administración echarle a usted a su casa y pagarle el sueldo a cambio de que no estorbara en su despacho?

Y se quedó tan tranquilo.

Comprenderán ustedes que cuando Guillermo superó las pruebas de acceso a la universidad, el claustro de profesores del instituto celebrase una comida para festejar la ocasión.

-A enemigo que huye, puente de plata -dijo el Director a uno de los profesores que se había quedado con las ganas de endilgarle algún que otro cate.

Y como, una vez incorporado a la vida universitaria, la Agrupación Musical “La Tuna del Treinta de Febrero” andaba escasa de elementos, he aquí que, en una de las múltiples visitas a las canteras de materia prima -léase tabernas, tascas, tugurios, chiringuitos, cantinas, bares y demás bodegas en que se sazónaba y maduraba lo más granado de la universidad-, dieron con un jovencito que gruñía y arengaba a un irrespetable público por un quítame allá esta ración que más parecía tapita irrisoria.

-Mira el “Gruñón” ese -dijo Félix a sus compinches-. Buena voz: ahí tenemos material de primera.

Si a esto le unimos su solvencia musical, de ahí a su incorporación como miembro de pleno derecho a la Agrupación, sólo hubo una

borrachera y un par de charlas sobre técnicas de copieteo en aras a dedicar el mínimo tiempo posible a las vulgares tareas universitarias.

-Con el fin de no descuidar nuestra formación en orden a integrarnos plenamente en la ciudadanía tabernaria –justificó Domingo.

Y como Guillermo, aunque en lo trabajador se podía comparar con un cánido, en temas de electrónica era un lince. Sus primeros conocimientos adquiridos en la universidad fueron suficientes para dar con el invento del siglo: el “calla-copia”.

Un par de transistores, un condensador y unos los auriculares bien montados, amén de un par de elementos más, eran suficientes para, con la ayuda de un contertulio no muy torpe, sacar adelante un curso sin mayores apuros:

-Tú te haces con dos ejemplares del examen, tiras uno por la ventana y el resto es tarea del equipo de redacción –explicaba a un beneficiario del invento, previo pago de los costes laborales que el negocio implicaba.

Con los beneficios obtenidos de la explotación del artilugio en régimen de cooperativa, y gracias a la buena organización económica y administrativa de la que Nieves Blanco hizo gala, la Agrupación Musical marchaba viento en popa.

-Esto se lo debo a la experiencia adquirida a base de sobrevivir a todas las trampas y controles establecidos por mi insigne y roñosa madrastra -explicó Nieves, justificando su capacidad administradora.

-Un poco más y seremos autosuficientes económicamente –aventuró Blas una tarde.

-Os anuncio que mi primer invento, cuando sea un profesional de la electrónica, será un teléfono inalámbrico para que podáis pedir dinero a vuestros padres desde la mismísima playa –prometió Guillermo una tarde mientras celebraban en “Pluma y tintero” el gran éxito alcanzado por la nueva joya de la “radiodifusión”.

En esas estaban aquel día cuando entró en la cafetería un matrimonio formado por un señor, maduro y discreto, acompañado de su señora, bastante menos madura y discreta que él.

Los acontecimientos se desarrollaron con tal precipitación que, antes

de que la joven pudiese reaccionar, su madrastra había libado no menos de ocho o diez copas, las cuales, para mayor desastre, procedían de distintos barriles. Dicho esto, comprenderán ustedes que doña Gertrudis alcanzase rápidamente el nivel etílico de “cantos regionales”, cayendo, inmediatamente después, en la etapa de “exaltación de la amistad”.

Nada pudo hacer Guillermo para evitar el desastre. Conocedor por experiencia familiar de los síntomas propios del alcoholismo, de nada valieron sus protestas intentando detener aquel desastre.

-Tú, con tal de gruñir, protestas por todo –lo cortó Diego entre bostezos.

La “exaltación de la amistad” vino acompañada, lógicamente, de las consiguientes cucamonas de la madrastra de Nieves a varios miembros de la Agrupación, sobre todo, a Félix, y a Tomás; que una cosa es la pérdida de la consciencia y otra la del buen gusto.

Bailaban las manos de doña Gertrudis sobre la blanca cabellera de Tomás cuando Guillermo, constituido en puro observador científico, hubo de acudir, junto con Manuel, en ayuda de don Gumersindo. Éste, al levantarse para atender a su esposa, vino a tropezar con una silla saludando su cabeza sonoramente al barril más próximo.

La madrastra de Nieves volvió sus ojos, vidriados por los vapores, hacia el lugar de donde procedía el golpe y, en esa pose, quedó paralizada por la impotencia. Afortunadamente para todos, Domingo reaccionó con la maestría de un veterano:

-Blas, una coca-cola para la señora y una bolsa de hielo para el caballero, ¡rápido! ¡Y una ambulancia!

...

-Es la cuarta borrachera de esta semana –susurró don Gumersindo al oído de su hija camino del hospital.

Después del ataque de “delirium tremens” que afectó a doña Gertrudis aquella misma tarde, nadie ha conseguido que salga una sola palabra de su boca.

VIII

Por san Blas, la cigüeña verás.

Blas, a pesar de su sempiterna sonrisa de payaso travieso, sabía estar a las duras y a las maduras cuando hacía falta. De eso, nadie tenía la menor duda. Aquella tarde, cuando las cosas se pusieron serias, el primer brazo que cayó sobre el hombro de Nieves fue el de Blas.

-Muchacha... Vaya mal rollo que te quitaste de encima el día que cogiste puerta en tu pueblo.

Nieves miró a Blas en silencio. Fue suficiente para agradecerle aquel mínimo detalle que, no obstante, significó para ella todo un mundo de cariño. Así era Blas, un auténtico “Bufón” capaz de hacerte reír a carcajadas en un duelo y, al mismo tiempo, un tipo con un corazón más grande que la catedral de Sevilla.

Con razón, allá por sus años infantiles, Blas era el ojito derecho de su abuelo. Claro que, en compensación, para su madre “las cosas” de Blas eran un verdadero martirio. Y es que por muy grande que sea una casa de labranza, los bichos son los bichos.

-Hija, son cosas de niños. Peor sería que se dedicase a apedrearlos –dijo un día su abuelo cuando Blas se presentó con dos chuchos callejeros con más pulgas que pelos.

-Pues menos mal que el niño tiene la bodega para él solo que si no... –contestó su madre.

Y era cierto. Desde que el abuelo abandonó el negocio vinatero, Blas se hizo dueño y señor de la bodega. Primero hizo de ella su particular castillo encantado. Allí, entre viejos barriles abandonados y cuatro tinajas, vivió las más terribles batallas que caballero andante haya vivido jamás. Aquellos toneles supieron de conquistadores, bandidos, héroes, dioses y todo tipo de aventuras. Incluso más de un trasero femenino tuvo ocasión de experimentar el primer pellizco en aras de imitar las guerras de los mayores. Y, ni qué decir tiene que

más de un rostro masculino tuvo ocasión, igualmente, de comprobar que si bien es cierto que manos blancas no ofenden sí que causan dolorosas molestias de vez en cuando.

Y como en aquella bodega cabía todo un mundo infantil –y juvenil, como ha podido sospechar el lector- una tarde, paseando con su abuelo por el parque, quiso la casualidad que se cruzase en su camino un gorrioncillo caído de un nido. Dos niños, que lo vieron también, agarraron un par de piedras dispuestos a hacer del animal un majadillo de plumas. Blas que, afortunadamente, se dio cuenta a tiempo de las intenciones de los dos rufianes, se agachó, tomó la primera piedra que encontró a mano y disparó con tal rapidez y buena puntería que, antes de que sus dos potenciales enemigos hubiesen tenido oportunidad de acabar con el pajarito, la piedra de Blas vino a dar un primer toque de aviso en las costillas de uno de ellos.

El gorrioncillo se convirtió en el primer inquilino de aquella mansión bodegueril que, a partir de ese momento, adquirió una nueva condición: hospital zoológico, hospicio zoológico, hostel zoológico y... Resumiendo: un auténtico parque zoológico. Tan buen corazón tenía Blas que hasta don José, el párroco, comenzó a hacerse ilusiones:

-Aquí tenemos al futuro párroco de San Antón –decía, orgulloso de su feligrés, el buen cura.

-¿Y por qué no al futuro veterinario comarcal? –respondía su padre, calculando la diferencia salarial entre una y otra profesión.

Dicen en el pueblo que el maestro, por aquello de nadar y guardar la ropa, siempre evitó tomar partido por uno u otro bando; que si por un lado venían las bendiciones y el perdón de los pecados, por el otro lo hacían sus buenas morcillas y demás productos cárnicos y agropecuarios que contribuían generosamente a dejar por embustero el dicho aquel que hablaba del hambre de los maestros.

Blas, cuya vocación aún estaba en el aire, acabó por agradecer al maestro su indefinición de la única forma que sabía: se convirtió en la alegría de la clase y, en contra de lo esperado, en su particular diablo cojuelo.

Esa alegría se mantuvo en el instituto. Su inteligencia se decantó por

una chispa humorística que, al fin y al cabo, era la manera de llevar la parte alícuota de su buen corazón a aquel potro de tortura que era para algunos compañeros eso que llaman bachillerato.

Y como la justicia siempre tiene algo de salomónica, Blas llegó a la conclusión de que lo más parecido a un payaso, atendiendo a la inutilidad de sus palabras, era un filósofo. Así que, llegado el momento de decidir su futuro, se inclinó por los estudios filosóficos.

Como es fácil de suponer, su forma de entender la vida le hizo caer muy pronto en el seno de la Agrupación Musical “La Tuna del treinta de Febrero”. Conocedor por experiencia propia de la fama de hambrientos que, merecidamente, tuvimos los estudiantes desde que el tiempo es tiempo, no sentí la menor extrañeza al enterarme de que el mismísimo día de su incorporación al colegio mayor, cuando se presentó a sus nuevos compañeros acompañado de un aroma capaz de despertar la mirada voluptuosa del más estoico de los estudiantes, fue admitido y, lógicamente, colocado en sitial preferente.

Conste que no lo hizo adrede. Sencillamente, Blas no había hecho una maleta en su vida. Y su falta de experiencia le acarreó el establecimiento de unas amistades tan duraderas entre los buenos olores de una matanza de pueblo los libros y la ropa de Blas, que cada movimiento del joven iba acompañado por tal escolta de aromas que despertaba el hambre de media facultad.

Si a esto le sumamos su aportación cárnica a la hora de matar el hambre de aquella insaciable tropa y su correspondiente celebración por los beneficiarios, fácil le resultará al lector comprender la profunda estima en que se tenía a Blas. Su gracia y su buen corazón, unidos a lo dicho, se convirtieron en el más completo alimento de aquella “famélica legión”.

Y Nieves, que desde que llegó a la ciudad sólo recibía llamadas de “control”, vio en Blas su “refugium peccatorum”.

Así fue como “Pluma y tintero” se convirtió en confesionario, ateneo y sede sindical de la Agrupación.

-El día que mi madrastra me vea camino del extranjero, disfrutará más que si me hubiese perdido en el bosque embrujado –confesó una

tarde Nieves después de una de tantas llamadas en las que doña Gertrudis hizo de su marcha a Europa una cuestión de honor.

-Ya. Cuando tu madrastra se enamoró de tu padre ¿sabía que en el mundo había una Blancanieves de carne y hueso llamada Nieves Blanco, heredera universal de don Gumersindo Blanco? Ya sabes, uno acaba por pensar mal por sistema...

Total, que entre conversaciones de este jaez y sus buenas dosis de vino, raciones baratas al por mayor y adaptaciones musicales en las cuales alguno que otro de los miembros de la Asociación dejaba traslucir sus amoríos, fueron pasando las tardes.

Fue una de aquellas adaptaciones la que destapó el corazón de Blas cuando, de manera espontánea cantó:

“Enredándose en el viento
van las cintas de mi capa
y cantando a coro dicen:
quíereme Nieves del alma”...

Un silencio cuajado de miraditas y sonrisas firmó lo que para más de uno era un secreto a voces y que, esa tarde, dejó de ser tal secreto: Nieves y Blas se habían enredado en las cintas del amor.

Así rodaban las cosas cuando llegó la tarde aciaga de todos conocida. Recuperado del golpe, don Gumersindo, entre avergonzado por el espectáculo que dio su esposa y preocupado por la gravedad con que ésta fue ingresada, pidió a los compañeros de Nieves que acompañasen a la muchacha al colegio mayor mientras él permanecía en el hospital a la espera de noticias.

Después del ataque de “delirium tremens” que afectó a doña Gertrudis aquella misma tarde, nadie ha conseguido que salga una sola palabra de su boca. Y esto, a pesar de que en el pueblo se comenta que tanto don Gumersindo como su hija han hecho de ella el objeto de sus mimos y cariños.

Cuando, unos años después de los hechos que hemos narrado, se volvieron a reunir los componentes de la Agrupación Musical “La Tuna del Treinta de Febrero”, recorrieron las calles del pueblo cantando la última adaptación preparada en honor de dos viejos amigos:

“Hoy va la tuna de gala
cantando y tocando la marcha nupcial.

Suenan campanas de gloria
que dejan desierta la Universidad,
y allá en el templo, nuestra Nieves Blanco
con Blas el “Bufón” hoy se va a casar:
la muchachita melosa, melosa
oyendo esta copla, ya no llorará”...